

á todos á destierro perpétuo (1). La persecucion era menos violenta en 1820, época de la llegada del señor Perrocheau, obispo de Maxula en Su-Tchuem, donde confirió la consagracion episcopal al vicario apostólico Fontana, de quien era coadjutor. Al principio de 1823 se temió que volviera á renovarse con furia la persecucion; pues habiendo regresado á Pekin el virey, que se mostraba muy favorable á los cristianos, su sucesor reprodujo en un decreto todas las penas decretadas por los antiguos edictos contra los que profesasen ó predicasen la Religion cristiana; pero este mandarin no fué exigente en la ejecucion de este decreto, de suerte que si hubo vejaciones, fueron locales é individuales.

En la provincia de Hou-Quang, dependiente del vicario apostólico de Chen-Si, el señor Clet, lazarista francés (paul), de edad de setenta y dos años, fué denunciado por un pagano. Se retiró á la de Ho-Nan, que forma parte de la diócesis de Nang-King; pero se vió preso el 6 de junio de 1819. Los mandarines le trataron inhumanamente. Recibió repetidas veces treinta bofetadas con una suela de cuero. Un dia se le obligó á permanecer arrodillado sobre cadenas de hierro por espacio de tres ó cuatro horas. Despues de algunas semanas se le condujo con esposas y grillos á la ciudad capital de Hou-Quang, distante unas veinte leguas, donde tuvo por compañero de cautividad á Chen, sacerdote chino, que habia sido preso en el mes de febrero anterior. Clet tuvo menos que sufrir en su segunda prision que en la primera, pues solamente llevaba cadenas cuando comparecia ante los tribunales, y si las audiencias eran muy largas, los mandarines le mandaban sentarse. Los cristianos podian ir á visitarle mediante

(1) *Anales de la Propagacion de la fé*, t. 1.

una pequeña retribucion á los carceleros. Oyó las confesiones del sacerdote chino y de diez cristianos que participaban de su cautividad. Se confesó con el mismo sacerdote; y otro ministro de Jesucristo, encargado del cuidado de los cristianos de los lugares limitrofes, habiendo celebrado el santo sacrificio en una casa próxima á la prision, les llevó la divina Eucaristía para consolarlos y fortalecerlos. Lamiot, otro lazarista francés residente en Pekin, acusado de haber tenido correspondencia por cartas con Clet, fué conducido á la ciudad donde este se hallaba preso. Al cabo de muchos interrogatorios y confrontaciones se le absolvió; pero en lugar de dejarle volver á Pekin, se le condujo á Macao. Si la suerte de Clet no hubiese dependido mas que de los mandarines de la provincia de Hou-Quang, hubiera sido enviado á su patria, porque le manifestaban afecto; mas el emperador le condenó á ser estrangulado, cuya sentencia se ejecutó el 18 de agosto de 1819. El sacerdote chino Chen fué condenado á destierro perpétuo.

El 2 de setiembre de 1820 murió Kia-King, emperador de la China, á quien sucedió su hijo Tao-Kouang. El principio de este reinado se distinguió por medidas poco tranquilizadoras, pues tres cristianos fueron condenados á destierro fuera del imperio, y los ya desterrados se vieron excluidos de la amnistia que los nuevos emperadores acostumbra conceder.

Al principio de este mismo año murió Gia-Long, rey de la Cochinchina y de Tong-King. En su testamento recomendó á su sucesor tuviese siempre, como antes, una guardia de cincuenta hombres destinados á cuidar del sepulcro ó mausoleo erigido en la provincia de Saigou, en la Baja Cochinchina, en honor del célebre Pigneaux, obispo de Adran. Además le recomendó no persiguiese ninguna de las tres religiones establecidas en su reino, á saber: la de Confucio ó de los sabios, la de

Foe ó de los ídolos, y la de Jesucristo, diciendo que las tres eran buenas, y que las persecuciones ocasionaban comunmente trastornos en el Estado, acarreaban calamidades públicas, y muchas veces hacian perder la corona á los que las ejercian.

Gia-Long no habia transmitido la suya á su nieto legítimo descendiente del príncipe que en 1786 habia venido á Francia con el ilustre obispo de Adran, sino que designó por sucesor suyo á un hijo natural, celoso por el culto de Confucio. En todas ocasiones este jóven príncipe prodigaba sublimes elogios al rey del Japon, quien colocando la cruz en todos los caminos públicos para que fuese pisada por los transeuntes, habia conseguido escluir de su reino el cristianismo. Minh-Menh (asi se llamaba el nuevo rey) no ocultó en el trono su odio á la Religion de Jesucristo; pero miras políticas le impidieron en un principio perseguirla. Se notaba con consuelo en aquellos países que el cólera-morbo que los desolaba hacia muchos años, no arrebatava proporcionalmente mas que á un cristiano por cien idólatras. Guérard, obispo de Castoria, vió con sus propios ojos á dos bonzos á quienes los paganos llevaban en ceremonia, segun sus usos diabólicos, para hacer cesar el mal; y terminada la ceremonia cayeron muertos ambos sin tener tiempo de volver á sus casas. Parecia que el ángel exterminador no buscaba mas que á los egipcios en medio de los israelitas. Asi es que los mismos idólatras decian en todas partes: «El dedo de Dios está aqui.» Acudian á las iglesias de los cristianos á pedir agua bendita, y arrodillados á la parte á fuera de aquellas hacian sus oraciones con gran devocion. Entoces cesó el azote. Pero como aquellos pueblos casi no reflexionan, y libres del peligro ya no piensan en él, ciegos voluntarios, despues de haber entreabierto los ojos, se obstinaron en cerrarlos á la verdad (1).

(1) *An. de la Prop. de la fé*, t. 1, p. 7.

En 1824 la Santa Sede proveyó á las necesidades espirituales de la isla de Santo Domingo, casi enteramente abandonada. Habia algunos sacerdotes en la parte de Puerto-Príncipe; pero la mayor parte eran antiguos religiosos españoles cuya conducta no honraba su ministerio, y muchos de los cuales hasta carecian de jurisdiccion. La parte del Cabo estaba aun mas desprovista de socorros y afligida de escándalos. Cristobal habia establecido entre otros dignatarios unos simulacros de arzobispos, que no tenian sus poderes mas que de él. Para remediar estos males, el Romano Pontífice envió á Santo Domingo como vicario apostólico al Sr. Glory, obispo de Macri. Pero se manifestó algun descontento en la isla, porque Glory no fuese mas que vicario apostólico; parecia á aquellos desconfiados republicanos que era rebajar la gloria de Haiti darles un gefe amovible en lugar de un obispo titular. El presidente Boyer acogió sin embargo al prelado, á quien acompañaban muchos misioneros. Por desgracia Glory no arregló su conducta á las leyes de la prudencia. Se aumentaron las prevenciones, y á consecuencia de una cuestion promovida entre el obispo y el cura de Puerto-Príncipe, viendo Boyer que se irritaban los ánimos, temió un cisma; y como si no hubiese otro medio para hacer cesar esta division aflictiva, expulsó á la vez al cura y al prelado, quedando asi Santo Domingo en un estado deplorable en orden á la Religion (1).

Pio VII adoptó tambien medidas concuer-nientes á la administracion espiritual de las posesiones inglesas de la América Septentrional.

Desde la revolucion de 1789 el gobierno inglés mostraba menos desconfianza con respecto al clero católico del Canadá, porque la persecucion ejercida entonces en Francia contra la Religion, habia debilitado la antigua

(1) *Amigo de la Religion*, t. 29, p. 255.



adhesión de los canadienses á la madre patria. Estos pueblos veían que si hubiesen quedado dependientes de la Francia, se les hubiera atormentado en sus mas caras afecciones; se hubiera destruido sus iglesias y deportado á sus sacerdotes, al paso que la Inglaterra respetaba sus creencias. El reconocimiento de los canadienses hacia la nueva metrópoli se habia ya manifestado bien claramente cuando ocurrió la guerra entre la Inglaterra y los Estados Unidos en 1812, época en que el clero de Montreal empleó su influencia para rechazar la invasión. El gobierno inglés se mostró agradecido á estos servicios; y así nunca fué mas libre el ejercicio de la Religión católica: los Sacramentos se llevaban públicamente á los enfermos; las procesiones eran públicas; el obispo de Quebec, tratado además con respeto por las autoridades, hacia sus visitas pastorales con el antiguo aparato.

Habiendo obligado á Pio VII el número de los católicos y la estension del Canadá á revestir de carácter episcopal á los vicarios generales encargados por el obispo del gobierno de las partes mas remotas de su diócesis, juzgó conveniente erigir en metropolitana la iglesia de Quebec, con todos los derechos, honores y privilegios anejos á este título. Pero hacia ya muchos años que el rey de Inglaterra habia establecido un obispo anglicano en Quebec, y por esto desagradó el nombramiento de un arzobispo católico, pues no se queria que este tuviese un título superior al del prelado de la Iglesia establecida; por lo cual se consideró como no existente la Bula de erección de 12 de enero de 1819.

Hasta estos últimos tiempos la jurisdicción del obispo de Quebec se habia extendido sobre la Acadia ó Nueva Escocia, y sobre la Isla Real ó Cabo Breton. Pio VII, tomando en consideración la distancia de estos países de la Silla episcopal, segregó la Nueva Escocia del obispado de Quebec, y colocó en ella un

vicario apostólico, y del mismo modo sometió al gobierno espiritual de un vicario apostólico las islas de Terra-Nova y del Cabo Breton.

Sitas igualmente en la América del Norte, las iglesias de los Estados-Unidos continuaban autorizando las mas lisongeras esperanzas. Pero al mismo tiempo que la fé estendia su dominio, se elevaban nubes que eclipsaban su brillo.

Se introdujo el espíritu de discordia en algunas parroquias ó congregaciones bajo la influencia de las doctrinas nuevas y aventuradas que algunos escritores turbulentos habian enseñado en Europa y que se ensayó trasplantar á aquel continente (1). Muchos católicos americanos adoptaron con mucha facilidad estas ideas. Veían á su rededor que las sectas protestantes nombraban por sí mismas á sus pastores, é imagináronse que podrian reclamar igual privilegio. Vivian bajo una clase de gobierno en la que los ciudadanos elegian á los magistrados y funcionarios civiles, y creyeron que este derecho podia aplicarse á las cosas espirituales, sin pensar en la diferencia que existe entre el gobierno temporal y el de la Iglesia establecida por Dios. De aqui nacieron cismas que escandalizaron á los fieles.

Aunque no se pudiese negar á un obispo el derecho de colocar los sacerdotes en su diócesis, y aunque los curas ó pastores en los Estados-Unidos jamás habian sido considerados sino como misioneros revocables á voluntad, muchos católicos influyentes de Charlestown censuraron que el arzobispo de Baltimore les diese por pastor á Clorivière en lugar de Brown, que habia reemplazado momentáneamente á Gallagher, director de su congregación. Este último, apoyando á Brown, que era su amigo, llegó hasta el punto de

(1) *Amigo de la Religión*, t. 25, p. 17.

sostener que le tocaba á él conferir los poderes, y que seria un acto de cisma el ejercer sin su autorización. No obstante el entredicho fulminado contra Gallagher y Brown por Neale, arzobispo entonces, se quedaron en posesión de la iglesia, y Clorivière tuvo que celebrar en otro lugar el oficio para los católicos que permanecian fieles á la voz de la autoridad. Mientras que Brown iba á Roma á llevar un acta de apelación de él y de su colega, Gallagher tuvo el pensamiento de someterse; pero los disidentes no por eso disistieron de recusar á Clorivière. Entretanto Brown habia obtenido por una falsa esposición de los hechos, una carta del cardenal Litta, prefecto de la Propaganda, quien mandaba al arzobispo le restableciera como tambien á Gallagher, hasta que se juzgase de su apelación. Estos dos misioneros regresaron triunfantes á Charlestown, sin la aprobación del prelado, quien lejos de concurrir á su reposición informó á la Santa Sede de la rebelión de que eran culpables. En su consecuencia un Breve de 9 de julio de 1817 anuló la apelación y dejó al arzobispo en libertad de proceder como lo creyese conveniente contra los dos misioneros. Aunque Gallagher hubiese en fin declarado que cesaria en sus funciones, los mayordomos de fábrica (*trustees*) ó administradores de lo temporal de la iglesia, que dirigian este deplorable negocio, no se sometieron. En vez de manifestar á Marcechal, sucesor de Neale, que recibirian con respeto al misionero que este prelado les enviase, pretendieron tener el derecho de elegir su pastor. En 15 de mayo de 1818 dirigieron al Papa una representación en la que sentaban principios destructores de las reglas de la gerarquía; al mismo tiempo solicitaban la erección de un obispado para los Estados del mediodia de Maryland, é indicaban por futuro obispo al dominico Tomás Carbry, del que hacian un elogio muy sospechoso en sus labios.

Se suscitó aun una polémica sobre el estado de la iglesia católica de Charlestown, y ella reveló todo el espíritu de insubordinación de los mayordomos de fábrica. La prudencia de Marcechal ahogó felizmente este germen de cisma. Alejando á Clorivière de un destino en que funestas preocupaciones neutralizaban su celo, envió el prelado un nuevo pastor á Charlestown, tan luego como pudo esperar que su autoridad y solicitud ya no serian desconocidas.

Norfolk en Virginia fué teatro de escándalos aun mas graves. En un folleto, pretendió probar que los católicos de los Estados-Unidos tenian derecho de elegir á su obispo y á sus pastores de segundo orden: en apoyo de esta tesis se citaba á Fra-Paolo, á Mosheim, á Courayer, á Febronio, es decir, á protestantes, ó á hombres de una doctrina errónea. Se empleaban contra la Iglesia las declamaciones de los enemigos de la Santa Sede; se presentaba á su gobierno como extraño á los católicos americanos, y la jurisdicción espiritual del Papa como peligrosa para el Estado; se osaba comprometer á las autoridades civiles del país á que se opusiesen á que los obispos católicos gobernasen su grey. No queriendo algunos seglares atrevidos depender ya del arzobispo de Baltimore, se habian apoderado de la iglesia que los fieles de Norfolk habian construido á su costa, y por medio de la audacia y artificio arrastraban á muchos católicos á su partido. Es muy notable que aquellos disidentes, aun entonces, cuando negaban la autoridad del Papa, habian recurrido á la Santa Sede para obtener la erección de un obispado en Norfolk, petición tanto menos admisible, cuanto que esta ciudad dista solamente una jornada de Baltimore. El dominico Carbry, tan recomendable á los ojos de los mayordomos ó fabriqueros de Charlestown, fué la columna del cisma en Norfolk. Haciendo sabido que el P. Ricardo Hayes, di-



putado del comité católico en Roma, había incurrido en la desgracia de la Silla apostólica, Carbry y sus prosélitos creyeron que, descontento este diputado, se prestaría a sus proyectos. Le ofrecieron pues reconocerle por obispo si quería ir á hacerse consagrar en Utrech por el representante cismático del jansenismo; y una vez consagrado el P. Hayes hubiera instituido otros obispos en los Estados-Unidos. ¡Tristes progresos de los sectarios! Antes que someterse, procuran afiliarse en otra secta; antes que reconocer la legítima autoridad, mendigan el socorro de un obispo separado de toda la catolicidad. Cualesquiera que fuesen los errores cometidos por el P. Hayes en su misión en Roma, miró con horror semejante proposición y denunció el hecho á la Santa Sede. Carbry se sostuvo con sus adictos en la iglesia de Norfolk, aunque se presentó en ella Marechal para calmar los ánimos. El prelado publicó entonces una pastoral, en 28 de setiembre de 1819, en la que recordó á los católicos los principios de la Iglesia sobre la independencia del poder espiritual y las reglas de la gerarquía.

El arzobispo de Baltimore ensayó también en vano restablecer la paz en la iglesia de Filadelfia, donde la temeridad de un sacerdote, Guillermo Hogan, y las pretensiones de los *fabriqueros* ó mayordomos de fábrica habían introducido la discordia (1). Creyó que la autoridad del Vicario de Jesucristo proporcionaría la pacificación deseada, y en un viaje que hizo á Roma por los intereses de su Iglesia solicitó un breve, su fecha 24 de agosto de 1822, que á su regreso envió á Enrique Conwell, obispo de Filadelfia. Hogan se declaró con tanta violencia contra este prelado que le arrojó de su catedral. Secundado por los *fabriqueros* que preferían conti-

(1) *Amigo de la Religión*, t. 36, p. 17.

nuar en su desobediencia antes que conceder aun los socorros mas necesarios á su primer pastor, continuaba desempeñando las funciones pastorales y administrando todos los sacramentos, á pesar de las quejas de los hombres virtuosos, de la revocación de sus licencias y de la excomunion que el obispo le había justamente fulminado. El Romano Pontífice deploraba estos excesos en su Breve, y recordaba las reglas de la Iglesia sobre la subordinación de los sacerdotes á sus obispos. En cuanto á la pretensión de los *fabriqueros*, de nombrar por sí mismos á sus pastores, la condenaba como directamente opuesta á los principios de la jurisdicción y de la gerarquía. El primer impulso de Hogan fué someterse, cuando el obispo de Filadelfia le hizo saber el rescripto pontificio; pero dominado despues por los imperiosos amos que él mismo se había dado, persistió en su rebeldía.

Tales eran las llagas de las iglesias de los Estados-Unidos; pero á pesar de estas condiciones suscitadas á sus obispos, la mies espiritual se anunciaba harto abundante para que el Romano Pontífice no pensase en aumentar el número de los operarios apostólicos.

La diócesis de Baltimore comprendía los Estados de Maryland y de la Virginia, como también el distrito de Colombia. Pio VII, por el interés espiritual de los pueblos, creyó deber erigir, en 11 de julio de 1820, la Silla de Richemont en Virginia. El doctor Kelly, que fué nombrado su titular, llegó al año siguiente de Irlanda á aquel Estado, donde se dió á reconocer como obispo; pero este prelado no tardó en ser trasladado á un obispado en su patria, y la Virginia volvió á entrar en la jurisdicción del arzobispo de Baltimore.

En 20 de julio de 1820, Pio VII, erigió la Silla de Charlestown, y esta diócesis tuvo por territorio las dos Carolinas y la Georgia. El doctor Juan England, que fué nombrado

obispo de ella, recibió la consagración episcopal, el 24 de setiembre siguiente, en Cork (Irlanda).

El Romano Pontífice erigió también una Silla en el Estado del Ohio, reuniendo á esta diócesis el vasto territorio de Michigan y del Nordeste, y en 19 de junio de 1821, instituyó para esta nueva iglesia al P. Eduardo Fenwick, que fué consagrado en 13 de enero de 1822 por el obispo de Beardstown. Este prelado fijó su Silla en Cincinnati.

Con el establecimiento de estas dos iglesias hubo entonces en los Estados-Unidos un arzobispado, Baltimore, y siete obispados sufragáneos: Nueva York, Filadelfia, Boston, Beardstown, la Nueva-Orleans, Charlestown, y Cincinnati.

Aunque en los Estados-Unidos era perfectamente libre el ejercicio de todo culto, el gobierno americano favorecía especialmente los de los protestantes de todas sectas; pero los salvajes no se engañaban. No había casi un indio entre los que habitaban las llanuras y bosques de la Luisiana, desde la Nueva-Orleans hasta San Luis y mas allá, que no conservase un tierno recuerdo de los *Ropas-negras* (1). Así llamaban á los jesuitas; y este es el nombre que dan todavía á los misioneros católicos. Sucedia con frecuencia que para librarse de su crueldad, no había otro recurso que cubrirse con un traje negro. Dubourg, obispo de la Nueva-Orleans, se halló un día cerca de algunos salvajes, cuya embriaguez hacia temer su aproximación. Se les dijo que era el *Padre de las ropas negras*, y muy luego le dieron señales de respeto. Anunciando un gobernador americano á los caciques de los salvajes de la Indiana que se trataba de civilizarlos, y que para conseguirlo se les enviaría desde luego ministros del Evangelio que

los harían entrar en el camino de salvación le preguntó uno de los gefes: «¿Qué especie de ministros nos enviareis? ¿tienen ropas negras y algunos de ellos báculos?»—«No, respondió el gobernador; todo eso lo miramos nosotros como juguete de la superstición.»—«Pero tienen, replicó el indio, mujeres é hijos: ¡ah! pues nuestros antepasados nos enseñaron que los ministros del Grande Espíritu tienen vestidos negros y no se casan; no queremos, pues, los vuestros, porque se parecen á nosotros y de nada nos servirán.» Los Sioux mismos, aunque muy crueles, eran afables y tratables con los *Ropas negras*. Casi siempre sus mujeres llevaban á sus hijos á los misioneros para que los bendijesen. Muchos llevaban cruces. Hacían también la señal de la cruz, pero con la mano izquierda, porque esta, decían, está mas cerca del corazón. Tales eran los vestigios de la fé que sus antepasados habían abrazado.

Dubourg, obispo de Nueva-Orleans, encontrando oposición en esta ciudad, fijó su Silla en San Luis, donde echó los cimientos de una catedral; pero en 1823 creyó poder regresar á la Nueva-Orleans, donde se construyó una iglesia: desde entonces necesitó un coadjutor para San Luis, y el Romano Pontífice elevó á esta dignidad al Sr. Rosati, quien fijó allí su residencia (1).

Al presentar al estado de aquellas iglesias remotas, privadas casi todas de obreros apostólicos, hemos hecho presentir la necesidad de una obra formada para la propagación de la fé en los países en que reinan las tinieblas del error, de la superstición y de la idolatría. La Francia, foco de la incredulidad moderna, había hecho al mundo un mal inmenso, cuya reparación le debía. En efecto, en el seno de esta nación, tan admirable cuando consagra su espíritu de proselitismo á difundir la verdad, na-

(1) *An. de la Prop. de la fé*, t. 1, p. 32.

B. del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII.

(1) *An. de la Prop. de la fé*, t. 2, p. 340.



ció y se realizó el pensamiento, evidentemente inspirado, de la obra que reclamaban las misiones (1). El genio cristiano de Luis XIV pareció revivir para edificar en Lyon, llamada por excelencia *la ciudad de las limosnas*, la Asociación que la Francia se gloriará siempre de haber producido, y que pesará en la balanza de la justicia divina como el saludable contrapeso de la conjuración filosófica, cuyo desarrollo había protegido en el siglo XVIII. La misma Providencia que castigaba á la nación francesa por sus crímenes antiguos y actuales, haciéndola sufrir, bajo formas variadas, tantas revoluciones sucesivas, la recompensó sus virtudes haciendo crecer en medio de ella este árbol de vida cuyas ramas iban á estenderse sobre todos los países del mundo. Mostró también así que la Francia no ha cesado de ser su instrumento privilegiado; y por este nuevo fruto ha podido el Romano Pontífice reconocer á la hija primogénita de la Iglesia.

Es incontestable que el primer pensamiento de la asociación para la propagación de la fé se remonta hasta la misma época en que prin-

(1) Es decir, el pensamiento de ejecutar, por interés de la verdad católica, lo que ya se ejecutaba en Inglaterra por interés del error: porque la sociedad de los anabaptistas formó para sus misiones unas asociaciones por cuyo medio todas las clases de ciudadanos, aun las pobres, depositando cada semana dos cuartos para este objeto, contribuyen á los progresos de su culto. Hay de estas asociaciones en Portsea, en Plymouth, en Bristol, en Liverpool y en otros lugares. En una sola parroquia se reunieron en el espacio de un año 150 libras estrlinas; es decir, sobre 15,000 reales. Estas sociedades establecen cajas, en las que cada uno deposita su retribución semanalmente. Comprometen á las personas que tienen casas de educación para que tengan una caja en la que los discípulos depositen sus cortos ahorros. En las tiendas de Londres se ven cajas destinadas para recibir la retribución para las misiones. «El mundo, decían los anabaptistas, se compone de átomos, y el mar de gotas de agua; así las contribuciones mas cortas, reunidas, producirán una suma que proporcionará los medios de propagar el Evangelio.» (*An. de la Prop. de la fé, t. 1.*)

cipia la nueva era de las misiones (1). En 1504, doce años despues del descubrimiento de la América, un jóven isleño de las tierras australes fué conducido á Francia por el navegante Gonville; en ella recibió una educación cristiana y olvidó su patria. Un biznieto de este hombre, el presbitero Paulmyer, canónigo de la catedral de Bayeux, movido de un celo ardiente por la salvación de la raza de que descendía, dirigió en 1663 al Papa Alejandro VII unas *Memorias sobre el establecimiento de una mision en el tercer mundo*, llamado por otro nombre *la tierra austral*. Consideraba en ellas las dificultades y medios de la empresa, y trataba de proporcionar estos por medio de una asociación, cuyo proyecto trazaba. La formaba con arreglo al modelo de las Compañías de las Indias, es decir, que reclamaba el libre concurso de todos, hasta los mas inferiores artesanos y criados, bajo la dirección de un corto número de personas prácticas, para contribuir con sus bienes á esta gloriosa obra. Espresaba, en fin, la esperanza de que Dios se dignaría permitir, con la bendición de la Santa Sede Apostólica y la aprobación de las autoridades superiores, el establecimiento de una sociedad para la Propagación de la fé, es decir, la mas excelente de todas las obras.

Este hombre virtuoso murió sin haber visto ejecutarse su mas caro deseo, y poniéndolo en manos de Dios, en las que nada se pierde. Muchas veces despues de la muerte de los justos se difunden sus buenas inspiraciones como un olor suave alrededor de su sepulcro. Podría decirse que hubo aquí algo de esto. Un siglo despues se estableció para la salvación de los fieles una asociación de oraciones y de buenas obras. Puede creerse que la lectura de las *Cartas edificantes* contribuía á dirigir la

(1) *An. de la Prop. de la fé, t. 15, p. 170.*

piEDAD pública en favor de las misiones, cuya admirable historia popularizaba. Pero también se necesitaba que las últimas borrascas del siglo XVIII hubiesen pasado sobre la Francia para fecundar este germen depositado en los espíritus. Debía florecer primero en el seno de una ciudad, en la que la restauración religiosa fuese mas decisiva y brillante. El día en que el Soberano Pontífice Pío VII, desde lo alto de la colina de Fourvieres, bendijo la ciudad de Lyon, parece que de sus manos estendidas bajó la gracia que debía hacer brotar la obra de la Propagación de la Fé.

Los principios de la obra son oscuros y débiles: tal es el destino de las instituciones cristianas. Dios muchas veces prepara todas las cosas de tal manera que nadie pueda llamarse su autor y no pueda aplicarse á ellas un nombre humano. Oculta y divide sus manantiales como los de los grandes rios, de los que no puede decirse en qué arroyo comenzaron. Dos gritos de angustia, uno de Oriente y otro de Occidente, oídos por dos mugeres piadosas en una ciudad de provincia, inspiraron el designio que, felizmente realizado, sostiene ya con una asistencia eficaz las misiones de ambos mundos.

En 1815 el señor Dubourg, obispo de Nueva-Orleans, volviendo de Roma donde había sido consagrado, se detuvo algún tiempo en Lyon. Preocupado de la penuria de su diócesis en la que era preciso crearlo todo, la recomendó con interés á la caridad de los Lionneses. Habló de sus deseos principalmente con una viuda cristiana á la que en otro tiempo había conocido en los Estados-Unidos, y le comunicó el pensamiento de fundar para las necesidades espirituales de la Luisiana una sociedad de limosnas, proponiendo fijar en un franco la retribución anual. La benéfica vinda se prestaba á las miras del obispo, y las comunicó á algunas personas; pero se le opusieron numerosas dificultades. Tuvo que esperar la

hora marcada por el cielo y contentarse con recoger módicos socorros para aquellas cristiandades de América adoptadas por su maternal solicitud.

Hacia el mismo tiempo, es decir en 1816, los directores del seminario de las Misiones extranjeras, restablecidos hacia un año en su casa de Paris, procuraron renovar la union de oraciones, fundada en el siglo anterior para la salvación de los infieles. Con este objeto obtuvieron algunas indulgencias y publicaron una exposición de las necesidades de sus iglesias. Estos ensayos comenzaron á disponer los ánimos. Tres años despues una persona de Lyon, cuya vida empleada en buenas obras recuerda las vírgenes cristianas de los tiempos primitivos, recibió de su hermano, estudiante en el seminario de San Sulpicio, una carta llena de la mas dolorosa emoción. Daba á conocer en ella la pobreza de la casa de las misiones extranjeras, y proponía se le asegurasen recursos regulares estableciendo una compañía de caridad. La religiosa muger recogió esta inspiración, y en el trascurso de 1820 estableció una asociación de limosnas á razon de un sueldo semanal en favor del Seminario de las Misiones. La obra comenzó entre aquellas piadosas obreras, que honran con sus virtudes ocultas y sostienen con su trabajo la rica y popular industria de los lionneses. Durante los seis últimos meses de dicho año, la fundadora llevó sobre sí sola todo el peso de su laborioso proyecto. No había aún ni oración comun, ni festividad, ni publicación periódica. Muy luego el número de los asociados fué de cerca de mil, considerable resultado, pero que pareció no había de aumentarse por razon del estrecho círculo en que se ejercía la influencia de los primeros propagadores. Las ofrendas reunidas se enviaron como un piadoso recuerdo de la Iglesia de Lyon á aquella vieja Asia, de donde recibió la fé. Había 2,000 francos. Nos complacemos en con-